

La devoción al Gaucho Antonio Gil, reflexión teológica pastoral (2da parte)¹

En este artículo, que consta de dos entregas, queremos ofrecer unas sencillas reflexiones que pueden ayudar a acompañar pastoralmente el fenómeno religioso que se da en torno a la devoción al Gaucho Gil. En la primera parte, desde una mirada histórico cultural, hemos intentado presentar un marco de interpretación dentro de la tradición eclesial y la historia de nuestro país. Para ello hemos hecho referencia al valor evangelizador que han tenido otros relatos legendarios en la tradición de la Iglesia y luego propusimos mirar la historia del gaucho Martín Fierro como telón de fondo para entender lo que pudo haber sido la vida del gaucho Antonio Gil y el lugar que el pueblo le adjudica en su memoria histórica. En esta segunda entrega, suponiendo lo dicho en la primera parte, intentaremos presentar algunos de los elementos cristianos que encierra esta devoción y ensayar algunas respuestas ante las objeciones más frecuentes.

Podemos pensar que cuando una historia cala tan hondo en el corazón de un pueblo que ha recibido el Evangelio es porque en ella hay valores que la conectan con el sentido profundo de lo cristiano. Seguramente serán muchos esos elementos. En esta ocasión elegimos tres de ellos y los vamos a desarrollar a partir de frases que se dicen de Antonio Gil en la tradición oral: “robaba a los ricos para darle a los pobres”, “no quería pelear entre hermanos” y “murió perdonando al matador”. Luego intentaremos pensar un poco dos de las objeciones más frecuentes: “es un culto pagano” y “no es un santo de la Iglesia”.

1. “Robaba a los ricos para darle a los pobres”

Es común escuchar que el Gauchito “robaba a los ricos para darle a los pobres”. La idea de un Robin Hood criollo si bien despierta resonancias románticas no deja de encender la alarma de nuestros prejuicios burgueses. Pero, por sobre todas las cosas, no hace justicia a la historia de Antonio Gil. Para entender justamente esta expresión hay que intentar mirarla con los ojos del pueblo. ¿Por qué un pueblo pobre y dominado resaltaría la condición de “ladrón” en alguien que admira? ¿Lo que con nuestros ojos modernos entendemos como “robo”, puede aplicarse sin más a la vida rural del siglo XIX? Aquí puede dar sus frutos la breve referencia que hicimos al Martín Fierro en la primera parte. Antonio Gil bien pudo haber sido –como Fierro- uno de esos espíritus indómitos que se resistió al nuevo orden social que fue exterminando al gaucho. Si tomamos como cierto el cuadro que nos pinta José Hernández de un orden legal de escasa legitimidad sostenido a sangre y fuego, no es raro que se considere como “ladrón” a cualquiera que se resista a sus abusos. Al igual que Fierro, pudo haberse convertido en un bandido rural como reacción a las injusticias sufridas. Pudo haber sido de algún modo un caudillo en su región, alguien que por su valentía ayudaba a resistir los atropellos que sufrían frecuentemente los pobres de parte de “la autoridad”. En esos tiempos, era común que se ofrezcan tentadoras recompensas para quienes delaten a este tipo de personajes y era escaso el éxito que obtenían por este medio ya que la gente se sentía más identificada -y protegida- con el gaucho matrero que con sus perseguidores. Un testimonio de esta distinta vara con la que el pueblo medía a los “bandidos rurales” puede ser la amistad entre el cura Brochero y el montonero Santos Guayama. Dice el santo cura en una carta: “de Guayama se decía que era muy malo; pero para mí era un manso cordero y muy buen amigo” (CEA, *El Cura Brochero: cartas y sermones*, 431).

Es probable que sus contemporáneos haya visto en Antonio Gil los valores de un “buen hombre”: creyente, servicial, valiente, de palabra, de corazón grande. Si el Gaucho fue uno de estos personajes, en los que el pueblo veía un valor más alto de justicia que el que intentaba imponer la fuerza policial, no es raro que se lo recuerde con una frase que dicha hoy, fuera de su contexto, resulte equívoca: “robaba a los ricos para darle a los pobres”.

¹ Artículo publicado en *Vida Pastoral* 350 (mayo 2016).

2. “No quería pelear entre hermanos”

El Gauchito no quiso derramar sangre de hermanos. Desde Buenos Aires, los grandes señores habían embarcado al país en una guerra fratricida y el paisanaje provinciano era quien tenía que poner el cuerpo. En la vida de los pueblos, la huella que deja una guerra es dolor, sufrimiento y muerte. En la memoria popular, Antonio Gil se planta, aun a costa de su vida, contra un poder despótico que obliga a derramar sangre injustamente. Un pueblo pacífico, que ama la vida, pero que está dispuesto a luchar por su libertad, se siente identificado en la historia de este gauchito que se niega a matar por una causa injusta (“*nunca peleo ni mato/ sino por necesidad*” dice Martín Fierro).

Antonio Gil representa a muchos. Es el anhelo de vivir libre del pueblo que sufre, de poder ser sí mismo. “*Tal vez por eso mi gente le reza cada vez más y hay quien dice que a la larga mi pueblo lo va a imitar*” dice el chamamé de Zini. Su historia encarna el deseo del pueblo de ser reconocido en su dignidad propia y poder ejercer la libertad de ser protagonista de su propia historia. No tener que agachar la cabeza permanentemente y apenas “sobrevivir” en una historia que le es impuesta.

Además, en la mayoría de los relatos se señala que no sólo se negó a pelear en la guerra, tampoco se resistió a la partida que lo detenía injustamente. No deja de ser paradójico que un pueblo que estima altamente la libertad se afirme en su dignidad admirando a alguien que se entrega mansamente, sin rebelión. Es una paradoja que sólo puede ofrecer algún sentido si la miramos a la luz de la actitud de Cristo en la Pasión: “como oveja fue llevado al matadero” (Is 53,7). Sin ese elemento cristiano no nos quedaría más que ver –en la historia de Antonio Gil y de nuestro pueblo– una resignación fatalista, una alienación, una debilidad. Se trata de personas que son capaces de jugársela hasta el fin, pero deciden muchas veces no pelear y resistir callada y pacíficamente. Siendo plenamente soberanos de sí mismos, manteniendo un núcleo de dignidad muy fuerte, hay un instinto de amor que los lleva a no responder a los que los agreden. Paradoja profundamente cristiana: Jesús es plenamente libre y nos libera entregándose a sus enemigos y perdonándolos. El Gauchito se entrega y perdona a su verdugo. Y eso el pueblo lo admira.

Esta profunda sintonía con la actitud de Cristo ante la cruz acerca la historia de Antonio Gil al martirio. El padre Tello en una conversación coloquial el 8/1/1998 que quedó grabada, explicaba cómo la muerte de Antonio Gil fue similar a un martirio: “*El martirio: propiamente es un testimonio. El único martirio es la muerte de Cristo. Cristo da su vida, la entrega voluntariamente. Toda la tradición, siguiendo la Escritura, dice que es voluntario en Cristo dar la vida. Cristo da la vida, no porque se la arrebaten, sino voluntariamente, porque quiere. Éste es el único martirio por excelencia. Muchos otros hombres pueden también sufrir la muerte y dar la vida por Cristo. Cuando se habla de dar la vida por Cristo también es una forma indirecta, o sea: con ocasión de Cristo, o por la verdad enseñada por Cristo. Por ej. San Juan Bautista es tenido por mártir pero a él no lo matan por Cristo, lo matan por haberle dicho a Herodes “no te es lícito tener la mujer de tu hermano”. Y por esa razón Herodías lo hizo matar. Pero todos reconocen el martirio de San Juan Bautista. (Antes litúrgicamente le llamaban “la degollación de San Juan Bautista”; ahora en la nueva liturgia lo cambiaron por “el martirio de San Juan Bautista”). Es decir, la Iglesia lo tiene por mártir aunque no murió por Cristo. Así como Cristo amó a los hombres, es mártir el que da su vida por amor a los hombres. El que da su vida por Cristo es mártir: da su vida para afirmar la fe en Cristo. El que da su vida por amor al prójimo por ej.: el Gauchito Gil que perdona y que no quiere matar, que renuncia a defenderse para no matar, es mártir porque dio su vida por amor al prójimo. El que da su vida, no por Cristo, sino por amor al prójimo, la da por una verdad enseñada por Cristo. A éste la Iglesia no lo reconoce como mártir. Pero muere de una forma similar al martirio”.*

3. “Murió perdonando al matador”

Es tal vez el elemento más profundamente cristiano de esta historia. La muerte violenta e injusta de un hombre bueno es asociada instintivamente con la historia de Jesucristo en un pueblo cristiano. Se hace una cruz en el lugar de una muerte trágica. El que así muere está con Dios, es “santo”. En la zona de Corrientes hay muchas “cruces” famosas, a las que los devotos peregrinan a pedir favores

divinos. El chamamé *Canto a Curuzú Gil* del conjunto *los de Imaguaré* dice: “*Es milagrosa tu cruz/ porque según nuestra gente/ tiene destino de luz/ aquél que es muerto inocente./ Además prenderle velas/ a las cruces del camino/ es tradición que conserva/ nuestro pueblo correntino*”.

Esto se potencia enormemente cuando la víctima se entrega sin rencores y muere perdonando a sus verdugos. La actitud de Antonio Gil, de ofrecerse como intercesor ante Dios por la vida del hijo de quien estaba a punto de darle una muerte injusta, sintoniza perfectamente con aquellas palabras de Jesús antes de morir: “perdónalos Padre, no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Si algo hay escandaloso en el mensaje cristiano es la invitación permanente de Cristo a la misericordia. Hay que perdonar “setenta veces siete” le dice a Pedro (Mt 18,22). Desde su fe cristiana, un pueblo surcado por heridas de violencia y traición, aprende que el perdón es el único camino para seguir viviendo. La misericordia es el pan cotidiano de un pueblo anegado de miserias y de gran corazón. Por eso el perdón a los enemigos de Antonio Gil lo coloca ante el pueblo en una dimensión espiritual de “otro mundo”. Ya hemos señalado cómo el pueblo pobre se identifica con el Gauchito: es uno de ellos, es valiente como ninguno, tiene un gran corazón siempre dispuesto a ayudar. Pero además, el personaje encarna –como Cristo- la virtud más rara y más necesaria: la misericordia. Aquí la identificación se eleva por la admiración y se vuelve devoción y confianza en el poder de intercesión. Para el pueblo, *alguien así tiene que estar con Dios*. Si la vida con Dios es vida transfigurada, quien tuvo una vida tan potente en la tierra tiene que ser muy poderoso en el Cielo.

Además, la historia toma más fuerza dramática si pensamos que su primer devoto es su propio verdugo. El asesino se siente amado, perdonado, y de algún modo redimido por su víctima y vuelve al lugar de la ejecución y le coloca una cruz dando comienzo a su culto. Seguramente su vida ya no fue lo mismo. Si algo está en el ADN del devoto del Gauchito es la confianza en la misericordia divina. Muchos de ellos son hombres y mujeres que se saben pecadores, que han hecho daño a otros y a sí mismos, que viven largamente en situaciones dolorosas de las que no pueden salir por propia debilidad, pero que sin embargo no dudan del amor de Dios, confían en su presencia en sus vidas y esperan permanentemente una intervención redentora de lo alto. A muchos de ellos, la relación con el Gaucho Gil les significa el único canal (humanamente) accesible para entrar en comunión con la misericordia que Cristo les ofrece permanentemente.

4. Dos objeciones frecuentes

Son muchos los reparos que todavía se tienen frente a esta devoción popular en algunos sectores. Las críticas más frecuentes pasan por considerarlo un culto absolutamente extraño a la tradición de la Iglesia. Intentaremos presentar algunos elementos que nos ayuden a pensar un poco mejor algunas descalificaciones que muchas veces se hacen ligeramente. Articulamos la presentación en torno a dos de las objeciones más abarcativas: “es un culto pagano” y “no es una devoción de la Iglesia”.

Objeción 1: El Gauchito Gil es una devoción “pagana”

Hay quienes desconfían de las devociones que no han sido propuestas por la jerarquía de la Iglesia y las consideran devociones “paganas”. Generalmente, estas objeciones no tienen en cuenta que se trata de creencias que nacen en el seno de un pueblo cristiano, con una cultura fraguada en varios siglos de cristianismo y que es mayormente bautizado. Como enseña el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (110-129) no hay que pensar “lo cristiano” como algo rígido que deba vivirse según un único modo cultural. El Evangelio de Jesús está llamado a encarnarse en los distintos pueblos y éstos expresan su vivencia del cristianismo con los modos culturales que le son propios. Al derramar la salvación sobre los pueblos, Dios no suprime sus culturas. “La gracia supone la cultura” (EG 115), la tiene en cuenta y la transforma en vehículo de la respuesta del hombre a su llamada. Por eso, el cristianismo tiene tantos rostros como culturas en los que ha sido encarnado. En América Latina, fruto del anuncio del Evangelio al indio y del mestizaje entre éste y el español (a lo que luego se agregan los negros y los criollos pobres), nace un pueblo nuevo con una cultura nueva que sigue muy presente entre los pobres. Puede decirse que en nuestras tierras el cristianismo encontró un nuevo rostro (acerca

de esto hemos escrito ampliamente en E. Bianchi, *Pobres en este mundo ricos en la fe*, Bs As, Agape, 2012).

Creemos que desde este marco teológico debe interpretarse el fenómeno de la devoción al Gauchito Gil. Se trata de un suceso que nace espontáneamente en el seno de un pueblo pobre que vive el cristianismo según su cultura popular. Es una más de tantas devociones populares que no han sido propuestas por la jerarquía de la Iglesia sino que nacieron directamente del pueblo.

En la devoción al Gauchito Gil puede verse cómo un pueblo reza de un modo propio, con algunos elementos tomados de la cultura guaraní y otros de la primera evangelización, pero conjugándolos con creatividad y expresando “su legítima autonomía” (EG 115). Sus devotos piden favores ofreciendo oraciones, velas, banderas rojas, cintas rojas, cigarrillos, bebidas, bailes y todo tipo de objetos. Estas ofrendas generalmente están vinculadas a promesas o pedidos muy concretos, cosas que tienen que ver con necesidades profundamente vitales: trabajo, salud, casa, auto, etc. Algunas de estas ofrendas tienen sus raíces en los ancestros guaraníes. Para ellos era común dejar sobre la tumba los alimentos y la bebida preferida del difunto. Los primeros misioneros les enseñaban que esa ofrenda podía consumirla cualquiera que rece por el alma del difunto. Las velas encendidas siempre han sido un modo de oración de los sencillos. También la bandera roja flameando se vuelve profesión de fe y oración. La cinta que tocó la imagen del santo y se lleva sobre el cuerpo tal vez esté emparentada con el uso de los escapularios.

Bien mirado, este culto popular tiene la estructura de una devoción católica. El pueblo ve en el Gauchito a uno de ellos que está con Dios. Por eso lo toman de intercesor para conseguir las cosas que necesitan para vivir. No podemos detenernos aquí en un pormenorizado análisis de lo que significa la intercesión de los santos en el cristianismo. Pero es necesario advertir que no es raro en algunos ambientes eclesiales escuchar juicios ligeros sobre el modo en que la religiosidad popular entiende la intercesión de los santos o de la Virgen María. El hecho de que el pedido al intercesor se haga a veces con tanta intensidad hace que quien no entiende ese sentimiento juzgue que se le da más importancia al santo, o a la Madre de Dios, que a Dios mismo. Es necesario un camino de conversión afectiva al pueblo para captar que *éste no distingue entre Creador y creatura por una razón metafísica*. El pueblo conoce por experiencia histórica y busca a Dios en lo concreto. Encontrar un hombre como ellos, que está junto a Dios y que vivió con la cultura de ellos, es un camino enormemente fecundo para entrar en comunión con el Dios que necesitan para vivir.

Hay también quienes desconfían de la devoción al Gauchito Gil porque al parecer es muy popular entre los delincuentes y porque algunos lo relacionan con el culto a “San La Muerte”. Esto merecería un estudio sociológico que nos ayude a entenderlo mejor desde sus causas. Lo que podemos decir aquí es que no podemos sorprendernos de que los malhechores, a pesar del género de vida que llevan, tengan su fe. Dios, aun en el peor asesino ve un hijo amado, y le ofrece caminos para que vuelva. En el ambiente forzosamente cerrado de las cárceles, desde el flagelo que allí se vive, se genera una subcultura –que algunos llaman *tumbera*– que tiene sus elementos religiosos. Devociones como las de San Jorge, el Gauchito o San La Muerte pueden ser usadas en ese microclima tanto para el bien como para el mal. Pero como sucede con todos los símbolos religiosos, que algunos hagan un uso desviado de ellos no invalida el uso de las millones de personas que a través de ellos se entregan sinceramente a Dios. Por eso, no parece justo impugnar el culto al Gauchito Gil mirándolo sólo desde un pequeño sector (al que generalmente se accede desde lejos y con muchos prejuicios).

Objeción 2: el Gauchito Gil no es santo de la Iglesia

Este es otro motivo de reparo muy frecuente a la historia de Antonio Gil. Otra vez, una mirada sobre la historia de los pueblos europeos puede arrojar alguna luz. Al repasar la evolución histórica de los procesos de canonización lo primero que salta a la vista es que ya habían pasado más de mil años de santos cristianos cuando toma fuerza la idea de que un santo debe ser declarado por el Papa. En los primeros siglos de cristianismo era la piedad del pueblo cristiano quien decidía a quien se veneraba. Los elementos que se conjugaban para que un santo sea elevado a los altares eran: su martirio, sus milagros y la veneración que le daban. Seguramente muchos de esos santos (que aún hoy veneramos) han tenido “canonizaciones populares” similares a la que nuestro pueblo hace de

Antonio Gil. A partir del siglo V fueron los obispos los encargados de inscribir un nombre en el santoral local. Se comenzó a examinar el género de vida del candidato, además de sus milagros. Pero tampoco faltaban casos en los que el obispo confirmaba la *vox populi* de la devoción popular. Recién en el año 993, cuando Juan XV canoniza a San Ulrico de Augsburgo, se produce la primera canonización hecha por un Papa.

Desde ese entonces, crece la tendencia a encargar los honores de la canonización a los papas. Esto fue aumentando en la medida en que se fueron refinando los procedimientos de canonización y se consolidaba la autoridad que el Papa ejercía sobre la Iglesia. Un historiador del cristianismo medieval, afirma que a partir del siglo X “*de la exaltación más o menos popular a los altares se pasa al ejercicio del monopolio pontificio (...) El santoral cristiano se universaliza al compás de la política centralizadora papal*” (E. Mitre Fernández, *Historia del cristianismo II. El mundo medieval*, Granada, Trotta, 2006, 313). Aun así, debieron pasar siete siglos para que esto se plasme definitivamente. Fue recién Urbano VIII (1623-1644) el primer Papa en tener el control completo de la canonización de los santos.

Desde ese momento, los procesos de canonización han ido adquiriendo un alto grado de complejidad y meticulosidad en el examen del candidato y sus milagros. A pesar de eso, la Iglesia no deja de sorprendernos cada tanto con algunas canonizaciones que rompen la idea que podamos tener acerca de que estos procesos sean sólo esquemas rígidos que constriñen toda interpretación amplia de la acción santificadora de Dios. Un ejemplo reciente fue la elevación a los altares que en el año 2012 hiciera Benedicto XVI de Hildegarda de Bingen, conocida como “la profetisa teutónica”. Se trata de una monja benedictina alemana que vivió entre 1098 y 1179. Mística, vidente, médica, compositora, escritora, fue uno de los personajes más ricos y polifacéticos de la baja Edad Media. Desde su muerte se la consideró una santa. Se extrajeron reliquias de su sepulcro, se le atribuyeron numerosos milagros y sus representaciones pictóricas comenzaron a ser objeto de veneración. Tanta era la devoción que suscitaba que se dice que “*ya muerta, el obispo de Maguncia tuvo que prohibirle solemnemente ante su tumba que hiciera milagros porque las turbas de fieles le invadían la catedral*” (fuente: www.hildegardiana.es/4blog/004.html). En 1227 se abrió su proceso de canonización que no se llegó a concluir. Volvió a abrirse la causa en 1244 y tampoco en esa oportunidad logró Hildegarda la elevación oficial a los altares. Esto no impidió la difusión de su culto y hasta que se le celebre su fiesta litúrgica. Recién fue Benedicto XVI en 2012 –a nueve siglos de su muerte- quien regularizó su situación inscribiéndola en el catálogo de los santos y extendiendo su culto litúrgico a la Iglesia universal en un proceso conocido como “canonización equivalente”. Ese mismo año la proclamó *doctora de la Iglesia* (una prerrogativa que la Iglesia sólo le había dado a tres santas mujeres: Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena y Santa Teresita del Niño Jesús).

Con este somero recorrido histórico podemos ver que no siempre la Iglesia fue tan estricta para elevar un santo a los altares. Y que no es forzado suponer que, en el caso de algunos santos de los primeros siglos del cristianismo que aún veneramos, su devoción pudo haber nacido de un modo similar al que se da hoy en día en torno al Gaucho Gil.

También hay que decir que en este caso serían muchas las dificultades que tendría que atravesar un hipotético proceso de canonización. Una de las primeras sería demostrar su historicidad. En la primera parte de este artículo intentábamos explicar que una creencia popular puede ser un medio por el que Dios santifica al pueblo más allá de la veracidad de los orígenes históricos del relato. Aun así, en la historia que nos toca, si bien puede haber elementos legendarios, no es descabellado pensar que tiene algún sustento de historicidad. A pesar de la dificultad de probar documentalmente el relato, la sustancia del mismo no se basa en elementos fantásticos: tiene una lógica histórica. Se cuentan cosas similares a las que le sucedían a hombres concretos de ese tiempo cuyas desventuras están ampliamente documentadas (ver p.e. la compilación de casos que presenta el historiador R. Fradkin en “*La ley como tela de araña. Ley, Justicia y sociedad rural en Buenos Aires 1780-1830*”, Prometeo, 2009). La fuerza de la narración no está en que se trate de un ser mítico con poderes especiales, sino en la muerte injusta, el perdón al verdugo y la intercesión desde el cielo. A esto puede sumarse el argumento de que los testimonios de los vecinos de Mercedes dan cuenta de la existencia de la Cruz Gil en su lugar actual desde las generaciones precedentes. ¿Por qué habrían puesto esa cruz hace

tantos años sino porque allí sucedió una muerte trágica? ¿Es posible que nazca “de la nada” un relato que se ha mantenido tan vivo por varias generaciones?

Por el momento poco puede agregarse a esta fuerte presunción de historicidad. Pero a la luz de todo lo que dijimos anteriormente podemos pensar que buscar fundamentar documentalmente la existencia histórica de un gaucho pobre del siglo XIX sería un camino tortuoso y que no aportaría “sustancialmente” al valor evangelizador de esta creencia popular. Aun cuando pueda resultar un aporte invaluable en un proceso de canonización. Tal vez Dios en algún momento –por intercesión de algún santo milagroso- premie a algún devoto historiador con semejante hallazgo.

5. Conclusión

Como vimos, en esta devoción popular son muchos los elementos genuinamente cristianos. Es una historia de libertad, martirio y perdón que está calando cada vez más hondo en el corazón de nuestro pueblo, especialmente entre los pobres y marginados. Son muchos los que a través de esta devoción sienten cada día sus vidas envueltas por el amor misericordioso de Dios. Es de una intensidad difícil de describir la confianza que muchos de sus devotos tienen en el poder de intercesión de Antonio Gil. Quien se decida a poner un oído en el pueblo devoto de este “santo popular”, escuchará historias de fe hecha vida pocas veces oídas con santos más tradicionales.

Esto no significa que tengamos que caer en una mirada romántica que niega los posibles excesos y desviaciones que se pueden dar en este culto. Pero creemos que estos probables defectos no impugnan la sustancia cristiana del fenómeno. Todas las devociones están expuestas a desviaciones, eso es algo humano. Que un devoto del Gauchito pueda cometer un exceso no inhabilita su culto así como que un cristiano tenga una conducta desviada no refuta al cristianismo. Además, considerando lo que enseña Francisco en *Evangelii Gaudium* sobre los distintos rostros culturales del cristianismo, podemos pensar que muchas de las prácticas que se juzgan “desviadas” desde una mirada normativa del cristianismo son modos culturales de expresar la fe y que no terminamos de entender por no conocer el medio vital en el que estos creyentes viven su fe.

También podemos decir que la pobreza documental de su historia no es motivo para menospreciar esta devoción. Como vimos, en la historia de la Iglesia muchos relatos populares como este fueron ocasión de infinidad de gracias divinas. Tampoco la hace menos cristiana el hecho de que se trate de una devoción que no ha sido propuesta por la jerarquía de la Iglesia sino que nace espontáneamente del pueblo. El padre Tello solía decir que muchas veces Dios mueve primero al pueblo y después a la jerarquía. Y citaba como ejemplo una de las devociones más importantes para nuestro pueblo: la Virgen de Luján. Ella tuvo su capellán más de medio siglo después del milagro que dio inicio a su culto.

Digamos para terminar, que ofrecemos estas breves reflexiones a la luz del llamado que nos hace el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* de emprender un camino de conversión pastoral en la Iglesia. Nos invita a salir sin miedos que nos paralicen: “*prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades*” (EG 49). Preferimos el riesgo de equivocarnos en la valoración de este fenómeno a permanecer indiferentes ante un hecho de fe con el que se siente identificado gran parte de nuestro pueblo pobre y sufrido. La actitud con la que intentamos acercarnos a esta expresión de fe popular bien puede ser la que describe el Papa cuando dice: “*para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres*” (*Evangelii Gaudium* 125).

Quique Bianchi
8 de enero de 2016